



Febrero 2026 | #287

Columna Invitada

¿Con quién(es) construimos conocimientos en biología?

[Matias Wajner](#)

Instituto Multidisciplinario de Biología Vegetal (IMBIV)- Universidad Nacional de Córdoba (UNC) -Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Laboratorio de Interacciones Ecológicas y Conservación.

Aunque muchas veces pasa desapercibido, gran parte del actual conocimiento científico en biología fue adquirido gracias a diálogos con pobladores/as locales. Dentro de los ejemplos más conocidos pueden citarse las plantas medicinales, que fueron inicialmente utilizadas por pobladores/as locales, luego identificadas por científicos/as, para finalmente pasar a manos de laboratorios y farmacéuticas para aislar y sintetizar sus principios activos, que patentaron y comercializaron. Asimismo, me atrevo a hipotetizar que muchos saberes sobre ecología de la fauna silvestre también surgieron de la mano de pobladores locales, quienes compartieron sus observaciones con naturalistas, quienes las volcaron en manuales científicos que después inspiraron nuevos estudios.

Contado así, parece un asunto del pasado. Quizá se podría pensar que hoy las ciencias biológicas ya reconocen y trabajan en conjunto con los saberes locales, en busca de generar diálogos para conservar la biodiversidad. Sin embargo, estos diálogos siguen presentando claros límites, en los que se opone a quienes tienen “sabiduría” de quienes solo tienen “creencias”. Por ejemplo, a la hora de armar planes de manejo se valora consultar a pobladores sobre sus “percepciones”, muchas veces como antesala para luego “educarlos”. Pero cuando se quiere establecer una línea de base de abundancia de animales silvestres, los saberes locales son frecuentemente considerados poco robustos.

En mi doctorado, en el que analizo el vínculo entre habitantes locales y fauna silvestre, con especial foco en la cacería, pude analizar esa supuesta falta de robustez. Además, noté que los saberes científicos son valorados por pobladores/as locales, y que cuando el intercambio de saberes es respetuoso y cuidado, las posibilidades de llegar a puntos de encuentro aumentan mucho más que cuando asumimos que debemos imprimir conocimiento derivado de nuestro modelo de conservación.

Desde mi experiencia, esta supuesta falta de robustez de los saberes locales se desarma rápidamente cuando se los toma en serio. No como meras percepciones, sino como formas de conocimiento construidas a lo largo del tiempo, contrastadas cotidianamente con el entorno. Cuando esos saberes dialogan con herramientas clásicas de la biología, aparecen muchas veces convergencias, complementariedades y nuevas preguntas. En ese sentido, distintas formas de conocer no compiten necesariamente entre sí, sino que iluminan dimensiones distintas de los procesos ecológicos y amplían el marco desde el cual la biología produce el conocimiento.

Pude notar que las entrevistas, por ejemplo, ofrecen datos de abundancia relativa de mamíferos silvestres similares a los que se obtienen por fototrampeo. Asimismo, las entrevistas ofrecen una mirada histórica cargada de anécdotas, temporalidades, valoraciones y conocimientos etológicos. Gracias a ellas supe de animales que han pasado pero no se establecieron en el área (como carpinchos o aguará guazú) o de la presencia de especies poco abundantes, como el osito melero, el pecarí quimilero o el gato de los pajonales. El fototrampeo, por su parte, aporta precisión: fechas, horarios, ubicación exacta, características morfológicas e interacciones ecológicas. El fototrampeo también permitió registrar animales que no habían sido avistados por pobladores/as locales, como el ciervo Axis. Lo más interesante, sin embargo, fue comprobar que mi diálogo con pobladores/as locales fue sumamente enriquecedor para ambas partes. Ellos/as se fascinaron con las fotos de las cámaras trampa; me preguntaron por tal o cual animal, compartieron las fotos en sus estados de WhatsApp, y los resultados circularon hasta por la radio local. Del mismo modo, las entrevistas revelaron saberes que no había leído en la literatura científica, cargada de vínculos moldeados por la historia y de sentimientos que en un principio podrían sonar contradictorios, como los comportamientos predatorios del puma, que son tanto motivo de admiración como de ira.

En el camino de construir una biología inclusiva, pensar la conservación implica revisar cómo se construyen los conocimientos, quiénes participan en ese proceso y bajo qué condiciones se articulan. En esta columna sugiero que cuando los saberes locales y científicos dialogan en equidad, no sólo se amplía la comprensión de los procesos ecológicos, sino también se fortalece la posibilidad de construir prácticas de conservación socialmente legitimadas.